



PQ2611  
E8  
G48  
N.1

FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

Quedan asegurados los derechos conforme á la ley.

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

## LOS GEMELOS DE NEVERS

### PRIMERA PARTE

#### El Parque de los Ciervos.

#### I

BLANCA Y LUISA

Deplorando la pérdida de una sobrina á quien quería mucho, Francisco de Gondi, arzobispo de París en 1641, hizo voto de fundar con su dinero, para descanso de aquella alma, un convento de mujeres en la capital.

Verdad es que no era de sensible utilidad un asilo de este género; puesto que los huéspedes de tan sombrías moradas, tanto monjas como frailes, constituían entonces la décima parte de la población parisiense; pero, en su condición de arzobispo, pensó Gondi que su voto sería más meritorio que cualquiera otro.

Fundó, pues, en el arrabal de Picpus, el convento de canonesas de Nuestra Señora de Lepanto, cuya orden

tomó luego, al adicionar Piepus á París, el nombre de canonesas de San Agustín, denominación que conservó en lo sucesivo.

Y con ese nombre las encontramos en la segunda mitad del siglo XVIII.

Construído á lo ancho, con dos pequeñas alas vueltas, que le daban el aspecto de una T gigantesca, el edificio del monasterio era de grandes dimensiones y estaba rodeado de una tapia elevada que le aislaba por completo de las escasas habitaciones diseminadas por los alrededores.

Una de dichas alas servía de mansión á las novicias ó postulantes; la otra, á las personas forasteras que acudían á retirarse momentáneamente en el convento.

El cuerpo principal estaba reservado exclusivamente á las *titulares*. Precedíale un patio espacioso, y detrás se extendía un vasto jardín, parte del cual habíase convertido en huerta.

Tenía dos entradas: pequeña la una y grande la otra. La primera, que daba acceso directamente á la huerta era la que usaban el jardinero y los abastecedores. En cuanto á la segunda, que daba al patio, y cuya guardia estaba encomendada á una hermana conversa, sólo se abría en rarísimas ocasiones, para dejar entrar ó salir á personas provistas de un permiso especial de la superiora.

Como se ve, el convento estaba bien guardado, y si costaba gran trabajo querer franquear sin autorización la puerta principal, no era menor el que suponía querer traspasar la pequeña. En efecto, el anciano jardinero

del convento, que respondía al nombre de tío Tanguy, que era sumamente sordo, solía recibir á los proveedores en horas y días determinados. Este sistema tenía su parte buena y su parte mala, pues á veces se privaba á las monjas de algún artículo que esperaban impacientemente; pero consolábanse pensando que de ese modo se hallaban en perfecta seguridad.

La misma mañana del día en que empieza nuestro relato (19 de junio de 1763), ocurrió una aventura muy extraordinaria al tío Tanguy, que no creía tener ya pariente alguno.

Un sobrino, Joson Miroux, joven que parecía completamente necio, cayóle como del cielo, procedente de Quimperlé, pueblo que había abandonado á la muerte de su madre, para venir á París en busca de trabajo. Á instancias del buen hombre, celoso de cumplir su deber de único sostén del huérfano, sor Felipina, la abadesa, dejóse doblegar y, quebrantando la regla, autorizó al anciano á albergar al muchacho en su casa, sita al fondo del jardín, durante tres días, tiempo que juzgaba necesario para buscarle una colocación fuera.

Mas no era Joson Miroux el único extraño que residía entonces en el convento.

Hemos dicho que una de las alas del edificio, la que formaba la rama izquierda de la T, servía de morada á las personas que querían pasar algunos días en piadoso retiro.

Actualmente, esa ala estaba ocupada por una señora y una joven.

Llamábase la primera, señora de Thibault. Se había

presentado tres días antes, con cartas de recomendación de varios sacerdotes de París, los cuales ponderaban los piadosos sentimientos de la dama, así como la pureza de sus costumbres.

Gracias á dichas cartas, abrióse fácilmente la puerta del convento, haciéndole las hermanas un recibimiento cordial.

Sólo la abadesa parecía guardar cierta reserva respecto á ella; pero sabíase que era poco expansiva y no chocó, por tanto, su frialdad.

La señora de Thibault podría tener treinta años á lo más. Era alta y gruesa, de ademanes desenvueltos, casi atrevidos. Nada de particular ofrecían sus facciones, á no ser los ojos que, negros como la noche, despedían extraordinario brillo.

Cuando se animaba, sobre todo al hablar, sus pupilas parecían arrojar llamas, y á veces, para atenuar su resplandor, veíase obligada á cerrar á medias sus párpados.

Desde su llegada, acogió sin el menor murmullo las severas costumbres del lugar.

Muy asidua á las numerosas oraciones que prescribía la regla de la orden, seguías las con extremo fervor, dando ejemplo de la mayor piedad.

No tuvo gran empeño en entablar amistad con sus compañeras, salvo con la hermana conversa encargada de la cocina, vieja crédula é ingenua á quien se habían encomendado aquellas funciones en razón de su poca inteligencia, pues las comidas de las hermanas eran de antigua sencillez y no exigían ninguna habilidad culinaria.

A las primeras muestras de intimidad que le había dado la nueva reclusa, dicha hermana, que respondía al nombre de Benita, se sintió en seguida poseída de una especie de temeroso respeto hacia ella, del que no pudo defenderse, y que poco á poco se trocó en casi servil deferencia.

De lo cual parecía muy satisfecha la señora de Thibault, quien, desde entonces, esforzóse en aumentar la superioridad que tácitamente le reconocía la anciana.

Con ese objeto, habiendo notado que halagaba á sor Benita hablar de los misterios de la religión, que eran para ella fuente de preocupación constante, había conversado frecuente y extensamente con ella sobre ese asunto, deslumbrándola por la maravillosa sutilidad de su imaginación y la profundidad de su ciencia teológica — ó, cuando menos, de lo que ella tomaba por tal.

En efecto, la buena vieja no había oído interpretar nunca los *Textos* con semejante lucidez ni penetrar tanto en sus arcanos más secretos.

Tan bien, que casi en seguida, llegó á creer con fe ciega cuanto decía la señora de Thibault, cual si sus palabras fuesen expresión de la pura verdad.

La joven era una encantadora niña de diez y siete años y se llamaba Blanca de Lagardère-Nevers.

Su padre era el conde Felipe de Lagardère nombrado duque de Nevers, por real decreto, el mismo á quien hemos conocido en otro tiempo bajo el apodo de *Sargento Buena Espada* (1) y que, hallado por su madre

(1) Véase *El Hijo de Lagardère*, publicado por la librería de la Viuda de Ch. Bouret.

Aurora, casó, poco después, con Olimpia de Chaverny.

Se recordará que Cocardasse y Passepoil, los dos viejos maestros de armas, deseaban al nuevo matrimonio, el primero, una hija, el segundo un niño, y que Bonifacio, hijo del último de aquéllos trataba de ponerlos de acuerdo haciéndoles esperar que tal vez vinieran una y otro á la vez.

Y éste fué quien acertó. Á los diez meses de casada, la señora de Lagardère Nevers daba á luz dos gemelos de diferente sexo.

El niño recibió el nombre de Enrique, en recuerdo de su abuelo Enrique de Lagardère; en cuanto á la niña, acabamos de decir el suyo.

Blanca de Lagardère Nevers no hacía un retiro propiamente dicho.

Durante una corta ausencia de sus padres, á quienes asuntos de interés llamaron á sus posesiones de Lorena, adonde habían llevado consigo á su hijo, fué la joven á pasar dos ó tres semanas al lado de una amiga suya que estaba interna en el convento, y á la que quería mucho, pues había sido su compañera largos años.

Por razones particulares al duque y á la duquesa, la citada amiga, que, no obstante, llevaba un apellido muy humilde, Luisa Moutier, había sido educada con su hija, cuya existencia compartió hasta los quince años.

De ahí resultó entre las dos niñas una tierna amistad que no hizo sino aumentar con el tiempo.

Y ambas experimentaron profunda pena cuando las separaron para colocar á Luisa Moutier en el convento de las hermanas Agustinas.

Blanca casi se sublevó y quiso saber por qué le quitaban á su compañera de infancia.

El duque respondió que al obrar así, no hacía sino cumplir la voluntad expresa de los autores de sus días, muertos hacía ya tiempo, y quienes, en sus últimos momentos, se la habían confiado con instrucciones precisas respecto á ella.

Las dos amigas tuvieron, pues, que resignarse á la separación; mas no sin prometerse que se verían lo más á menudo posible.

La abadesa del convento de Picpus, á quien parecían querer mucho el duque y la duquesa, recibió á Luisa con muestras de profunda alegría y le demostró en seguida la más viva ternura.

Por su parte, la niña sintió al instante un cariño casi filial hacia la con quien debía vivir en lo sucesivo; y aunque siempre había sido para ella una extraña, chocábale mucho sentir tanto placer á su lado como al de Blanca y al de la señora de Nevers, á quienes, sin embargo, quería con todo su corazón.

Mas no trató de profundizar ese enigma, y se dejó llevar sin resistencia por el dulce sentimiento que la arrastraba hacia la abadesa.

Conforme á la promesa que se habían hecho, las dos jóvenes se veían frecuentemente.

Blanca aprovechaba todos sus momentos de libertad para ir al convento á abrazar á Luisa.

Y á veces, hasta conseguía que la superiora la dejase salir con ella.

Entonces daban juntas largos paseos por los alrede-

dores, bajo la atenta mirada de una institutriz que la duquesa les había dado como señora de compañía.

Esos paseos se verificaban ora á pie, ora en carroza, según la temperatura, y todos los transeuntes experimentaban admiración al ver á aquellas dos flores animadas.

Blanca y Luisa eran bellas las dos; pero de muy diferente belleza, y á la cual su constante unión daba un sabor particular.

La primera tenía la cabellera tan morena como rubia la tenía la segunda; y si los grandes ojos negros con reflejos de esmeralda que iluminaban el rostro de la hija del duque, inspiraban respeto, no obstante ser risueños, los dulces ojos azules de la huerfanita armonizaban graciosamente con su sencillez natural y el conmovedor encanto que despedía toda su persona.

Fina é ingeniosa, lo que le inclinaba mucho á la burla, Blanca sólo eximía á su amiga; y aunque era tan orgullosa como Luisa modesta, era aquél un orgullo de raza, ya que no había ninguna arrogancia en sus palabras ni pretensión alguna en sus modales.

Blanca era respecto de Luisa, lo que respecto al pensamiento discreto es la reina de las flores.

La parte más saliente del carácter de ambas jóvenes consistía en que Luisa, tímida, y hasta miedosa, reconocía á su amiga la superioridad del valor. En efecto, la señorita de Lagardère-Nevers conservaba sorprendente sangre fría ante el peligro, y tan cierto es que no puede, la buena sangre, desdeirse, que hubiera

peleado como un hombre, si lo exigieran así las circunstancias.

Un día, durante una excursión por el bosque de Vincennes, en hermosa tarde de junio, las dos paseantes tropezaron con unos soldados embriagados, los cuales, viendo que aquéllas estaban solas con una mujer de edad, empezaron á dirigirles bromas groseras.

No era la paciencia el fuerte de Blanca, quien, tratando de llevarse á su compañera, abrióse paso distribuyendo á derecha é izquierda sonoros bofetones. Pero la pobrecita Luisa, demasiado espantada para conservar su sangre fría, no pudo seguirla, y, separada de repente por los soldados, á quienes la embriaguez quitaba todo miramiento, vióse por ellos rodeada. Y hasta hubo dos miserables que intentaron besarla, á pesar de la enérgica defensa opuesta por Blanca, que volvía á la carga.

Ya sentía Luisa Moutier en sus mejillas el nauseabundo aliento de los borrachos y estaba á punto de perder el conocimiento, cuando vió á éstos empujados violentamente hacia atrás, al tiempo que se les sonrojaba el rostro al contacto de una mano que acababa de golpearlos vigorosa.

Ante las dos jóvenes, sirviéndoles de muralla, habíase colocado un joven de unos diez y nueve años que, con la espada desenvainada, amenazaba atravesar á los agresores si de nuevo intentaban acercarse.

Los soldados eran cinco y sólo tenían que habérselas con un adversario.

Pero era tan resuelta la actitud del recién llegado,

que consideraron prudente mantenerse á distancia. Además, algo pasada la borrachera por la severa lección que acababan de recibir, comprendieron la cobardía de su conducta y experimentaron cierta vergüenza.

Abandonaron pues el puesto inmediatamente, y aun balbucieron algunas excusas.

Sólo cuando hubieron desaparecido, se les ocurrió á Blanca y á Luisa dar gracias á su salvador.

Éste tenía todo el aspecto de un hidalgo.

Abrevió cuanto pudo el agradecimiento que le demostraban, y después de dirigir á Luisa una larga mirada llena de admiración, retiróse y se perdió por las espesuras del bosque.

Muy temblorosas aún, de cólera una, y la otra de miedo, las jóvenes y su acompañanta encamináronse hacia el carruaje, que las esperaba á bastante distancia de allí, y pronto regresaron al convento.

Desde entonces, era raro que, en sus paseos, no encontrasen Blanca y Luisa al joven desconocido.

Á cualquier sitio que se dirigieran, estaban seguras de verlo aparecer de un momento á otro, cual si previamente hubiera sabido el itinerario por ellas escogido.

Las primeras veces, permanecía lejos de ellas, limitándose á saludarlas al llegar ó al marcharse. Sin embargo, á la larga, fué enardecándose, y un día acabó por acercárseles, pretextando sus grandes deseos de saber si la emoción que habían sufrido, cuando la brutal agresión del bosque de Vincennes, tuvo para ellas enfadosas consecuencias.

Aquello era enterarse algo tardíamente de la cosa,

pues el acontecimiento se remontaba ya á algunos meses atrás.

Mas es de presumir que escogiese tal entrada en materia, porque daba, al mismo tiempo, un tema para la conversación.

Contestáronle que la audaz tentativa de los soldados beodos no había tenido consecuencias ulteriores, y aprovecharon la ocasión para darle de nuevo las gracias.

Roto de ese modo el hielo, empezaron á hablar amistosamente.

Á partir de ese día, el joven, que se había presentado con el nombre de vizconde Romualdo de Dizons, acudía regularmente á cada paseo, para acompañar á las dos amigas.

De todos modos, aunque observaba las mismas atenciones con cada una de ellas, notábase que se interesaba más por Luisa.

No le costó á ésta gran trabajo el notar desde el primer momento la preferencia que le manifestaba el vizconde, por lo que se le agitó deliciosamente el alma, pues también ella se sentía atraída hacia él por un impulso secreto.

No tardaron los dos jóvenes en no poderse ocultar más el sentimiento que experimentaban uno hacia otro, y en una conversación á solas, que la casualidad les proporcionó, se lo declararon ingenuamente.

La semana siguiente, un viejo aristócrata, que decía ser tutor y tío carnal del vizconde, al mismo tiempo que su único pariente cercano, se presentaba en el

hotel de Nevers y pedía al duque la mano de la señorita Moutier, para su sobrino.

El duque dijo al anciano que no era él dueño del destino de Luisa, y que, para obtener respuesta á su petición, debería dirigirse á su tutora, sor Felipina, abadesa del convento de Picpus.

El tutor del señor Dizons fué á ver á ésta, y le explicó el objeto de su visita.

Al oírle, la abadesa púsose sumamente pálida, y parecía á punto de desmayarse.

Mas, sobreponiéndose pronto, repuso que, aunque muy honrada por su pupila, de las intenciones del vizconde, no creía que la joven se hallase aún en estado de casarse.

Acababa de cumplir diez y seis años nada más; el señor de Dizons tenía á lo sumo diez y nueve; por lo tanto, no era posible casarlos á tan temprana edad.

El anciano pareció rendirse á las razones de la superiora y llevó la respuesta al sobrino.

El pobre muchacho quedó consternado.

Impaciente como todos los enamorados, hubiera querido ser en el acto esposo de Luisa. Sin embargo, como su tío le hizo comprender que sería verdadera locura casarse tan pronto, se resignó á esperar.

Mas aun no habían transcurrido tres meses, cuando hizo reiterar su petición á la abadesa, la cual, negóse de nuevo, por las mismas razones que antes.

Esto le apenó todavía más que la primera vez. Además, Luisa salía ahora rara vez, y él la veía muy de tarde en tarde, y á veces, sin poder acercarse á ella,

merced á las severas órdenes que la abadesa había dado para impedir que los dos niños cometiesen alguna falta irreparable.

Pasó un año, y á pesar de otras dos tentativas cerca de la tutora de Luisa, el vizconde no consiguió nada.

— Espere un poco más — se limitaba á decir la abadesa. — Cuando yo crea llegado el momento de que Luisa sea su esposa, ya le avisaré.

Así estaban las cosas el día en que penetramos en el convento.